

MONOGRÁFICO I

*LA HISPANIDAD COMO LÍMITE:
MATERIALES PARA PENSAR SU FUTURO*

Coordinado por

José Manuel Díaz Martín y

Luis A. Herrera Orellana

Presentación

Cuando recibimos de Antonio Hermosa la generosa e injustificada invitación para coordinar un monográfico sobre pensamiento hispánico, inmediatamente nos preguntamos: ¿hay algo así?, y esto terminamos preguntando. La etiqueta parecía extendida como un cheque al portador de dudosos fondos: “igual, juntándolo todo y a todos, da para algo así”. Se trataría entonces, pues, de encontrar, entre esa amalgama –a como dé lugar, que dicen los mejicanos– alguna pepita curiosa o aún significativa para estos tiempos. Todos hemos oído hablar del escéptico español que se adelantó a Descartes en su *pienso*, del que inventó el submarino o el helicóptero, o de aquel que fue el primer europeo u occidental –se dice como para referirse a una tribu ya casi extinta– que holló tales o cuales tierras... Astros rutilantes hoy olvidados, quizá nunca conocidos, que surcaron fugazmente los cielos para prender otras llamas que, esas sí, han perseverado encendidas, han conseguido buena fama. Tal libertad de opción vendría avalada, además, por la ausencia de un eslabón fuerte entre eso que llaman pensamiento y nuestras naciones (en sentido moral, por favor, no se escandalicen las gentes de orden ni se engrían los que pastan de los presupuestos públicos) y lenguas. El Renacimiento evoca una Italia que era antes en el pensamiento y en la belleza que en la política; la Ilustración, ah, la Ilustración, ella sola casi nombra una nación, la francesa. Quién se atrevería a hablar de romanticismo sin acordarse de los alemanes (hasta a Kant, en sus momentos de entusiasmo, lo meteríamos de buen grado en el saco). O el barroco y esa peculiar efervescencia anglo-holandesa. El espíritu moderno habría pasado por todas aquellas naciones para dejarlas preñadas de su ser, configurando su conjunto la geografía de la modernidad... Son la Modernidad (y antes, se nos dice, ¿merece la pena hablar de pensamiento fuera de los círculos eruditos, que ya se sabe que se aficianan a cualquier cosa?) en sus distintas fases, momentos y lugares. Que al llegar a España, a las Españas (qué decir del olvido de aquella Hispanoamérica parte de la Monarquía), una a una, pierden ese aire de lo obvio, de lo congenial. Es necesario calificarlas y, al hacerlo, dejan de ser genuinas, lo hispánico las desnaturaliza. Lo geográfico deviene (des)calificación moral: el Renacimiento, peninsular o americano, no es Renacimiento, sino retahíla de persecuciones inquisitoriales y guerra sin cuartel; el Barroco hispano es más barroco que el resto, enigma y excentricidad sobre el exceso; nuestra Ilustración (ah, la Ilustración, ¿el origen de todo el malentendido?) es dudoso que lo fuera, que nos alcanzara; nuestros románticos no parecen valer si no es posando, faca en el cinto y agrestes patillas en la cara, para algún relamido¹.

¹ Al respecto, se ofrecen algunas ideas sobre la forma, estilo y expresión de la modernidad en clave hispana, diferente a la Europea, en Gregorio Luri, *El eje del mundo. La conquista del Yo en el siglo de oro español*, Rosamerón, 2022.

Cierto, cierto: aún nos quedaba el Siglo de Oro, etiqueta que ha hecho fortuna para destacar un momento de esplendor *out of the league*, al margen de periodizaciones sucesivas y convencionales, significativas para los demás. Pero pronto se desveló compendio del peligro que parecía venir a sortear instalado sobre el epígrafe “pensamiento hispánico”. La diferencia es que si este último se mide con las otras lenguas, las otras naciones, donde su lugar es la marginalidad, aquel se mide consigo mismo y no sería así más que una concentración temporal de la irrevocable norma: acaso unos cuantos nombres conocidos por todos (santa Teresa y nuestros santos Juanes; el Inca y sor Juana Inés; los dos fray Luis; Quevedo y Góngora, Lope y Calderón; Vitoria y Suárez; Cervantes...), de acceso difícil por su lengua y su trasfondo espiritual, que resaltarían entre un piélago de mediocridades justamente olvidadas. Además, su innegable contemporaneidad con el período de mayor poderío político de la nación invita a suponer –nos lo han propuesto nuestros maestros de la sospecha, como Ortega o Sánchez Ferlosio– que son el oro y la espada, más que razones intrínsecas, los factores que sostienen el juicio sobre esas pocas figuras. Que además se dirían obsesionadas por teñirlo todo, como gente de fe que eran, de Dios; del Dios hecho hombre, para más inri, el Cristo, a quien insistían en proponer como modelo de vida y alabarle con toda la creación, que él dan por creada. Lo que no nos dejaría más opción, si no queríamos llamar la atención navegando por esas aguas, que ponernos en manos del hispanismo², única patente de corso que permite marear en esa geografía y moral sin perder la condición moderna (no en vano es hijo de los salones ilustrados y de la ciencia alemana) al neutralizar, mediante la *reductio ad litteras* y su sobredimensión del aspecto estético y estilístico, las cargas de fondo instaladas en su interior.

De los márgenes de los debates no habríamos hecho más que pasar a un debate en sí mismo marginal y domesticado donde poder alardear de centralidad³. Lo hispánico, a pesar de poder presumir de una raíz cultural común anclada en el respeto a la dignidad humana y de defensa de la libertad⁴, para el inmaterial continente del pensamiento sería, así pues, una tierra de contraste: todo aquello que se confunde en su paisaje no es genuinamente moderno, no “aporta nada”, como se dice hoy, o lo hace a destiempo, sin el debido énfasis, a esa otra tradición, la verdaderamente significativa, la de la Modernidad y su(s) credo(s) y estilos. Constituiría, efectivamente, un decorado, singularmente

² Han expresado también su escepticismo sobre la función del hispanismo Ilan Stavans e Iván Jaksic, *¿Qué es la hispanidad? Una conversación*, Fondo de Cultura Económica, 2011.

³ En sus márgenes quedan quienes, como Andrés Bello (Confraternidad Americana, en: Roque Esteban Scarpa (comp.), *Antología de Andrés Bello*, Santiago, 1970) o Julián Marias (¿Dónde está América?, en *Hispanoamérica*, Madrid, Alianza Editorial, 1986), cada uno desde su propio tiempo, preocupaciones y circunstancias, han tratado de actualizar en la modernidad la tradición hispana para contribuir a un mejor devenir compartido de las personas que la mantienen viva.

⁴ Dicho por alguien tan poco dado a querencias tradicionales como Mario Vargas Llosa (“Hispanidad ¿Mala palabra?”, en *El País*, 28 de octubre de 2018).

árido y áspero, para todo aquel florecimiento de lo moderno que en ella podría lucir especialmente... si es que deseara aceptarlo y no se empeñara en mantenerse fiel –cada vez menos, es cierto– a esa condición. Esa resistencia (también histórica) vencida por su exposición venal es la que enunciaría el turismo como la industria (con unos orígenes de nuevo ilustrado-románticos) que productivamente situaría –¡por fin!– a los pueblos hispánicos en el mapa de la modernidad, su forma de integrarlos en su deformidad, que no es otra que paisajística. Una lógica desde la que no habría mejor reflexión sobre el pensamiento hispánico –es un decir– realizada desde sí mismo que el landismo, que tuvo sus antecedentes y réplicas en América. Algo que, por cierto, parecen reflejar su subproducto, nuestras leyes más modernas, las leyes protectoras de la Mujer frente al varón español (que poco a poco se replican en los países hispanoamericanos), al que recortan idealmente sobre la versión Hyde del pesado príapo sentimental y tontorrón que protagonizaba aquellas películas.

La tentación de huir, de abandonar el predio de nuestros padres, de negar incluso nuestro parentesco (y aquí salen al rescate ideológico las otras leyes vertebradoras de la adopción de España por la modernidad, las de la memoria histórica: en espíritu, formalización de la leyenda negra a la que responden, como por mecánico resorte, las exigencias de petición de perdón de algunos mandatarios americanos) es entonces grande, sobre todo entre quienes encuentran un medio de vida lo suficientemente ajeno al monocultivo turístico estándar. Producir otra cosa es ser otra cosa: ciudadanos del mundo, europeos, o la nación a la que se huya económicamente (eminentemente los Estados Unidos de Norteamérica en las orillas americanas) o que ideológicamente esté de moda reivindicar sin necesidad de escapar (ucranianos o palestinas, las víctimas de tal o cual enfermedad, un perro incluso...) La consistencia de lo hispánico se había desleído en la caricatura, versión integrada de la leyenda negra que estudia la Academia, hasta devenir mero paisaje –paisajes, incluso, de ubérrima que es– del que huir y al que sólo volver en vacaciones. Y así, poéticamente, la metáfora nos pareció servida para explicar desde lo material un panorama espiritual: el de la Hispanidad caricaturizada como fondo-decorado de la Modernidad, el *atrezzo* del que se habrían servido las diversas versiones de ésta para lucir y representarse. Un fondo-atrezzo que no deja de ser máscara como la de los mismos personajes, la del espacio, detrás de la cual está, como nos recordara un ilustre judío de nación española, Elías Canetti, lo que temen, que no es otra cosa sino el límite, del que ya no se puede disponer salvo para ruina, situación en la que nos adentramos peligrosamente en estos tiempos. La esencia del pensamiento hispánico adquiriría así (como aparece en los textos que presentamos en su heterogeneidad) una sorprendente unidad y coherencia que a veces pasa desapercibida: la de constituir límite de la modernidad, el que se da dentro de su mismo orden genealógico, más vigoroso cuanto mejor ha

ejercido su desagradable función restrictiva (aquella que le ha hecho merecer la imagen de panorama desértico y hostil, inhóspito y pendenciero), cada vez más atenuada, y hoy casi dimitida, en la medida en la que ha renunciado a las fuentes de la verdad católica con las que se había identificado e incluso había discutido, aquellas mismas de la que la modernidad se aleja. Y nos impone como académicos la tarea de mantener la comunidad de interpretación debida entre las obras espirituales de los hijos de la modernidad y los de la hispanidad, en tanto ésta, en sus mejores momentos y ejemplos, reconociéndose deudora de aquélla en lo accidental, le ha proporcionado y proporciona corrección en lo sustancial, acaso la carta de amor que nunca dejó de escribir el hijo fiel al hermano pródigo.

Esa condición de límite, aunque no explícita, es la que destaca sobremedida en el artículo que abre el monográfico, el del profesor Miguel Ayuso, el portavoz más autorizado del pensamiento tradicionalista en España, y en el que dedica el profesor Armando Pego a desgranar el pensamiento de José Jiménez Lozano. Con sus innegables diferencias de enfoque. En el uno, el Carlismo se delinea como resto de la Hispanidad –al modo del resto de Israel de los tiempos proféticos– que enunciara en su día la Monarquía hispánica hasta que vino a ser progresivamente transformada en Estado, con el que lo público perdió el característico esfuerzo de los pueblos hispanos por mantenerse fieles a la encarnación de los principios evangélicos en la vida común y política que negó la institucionalización de la ruptura teopolítica traída por la Reforma al resto de pueblos europeos. El Carlismo como resto de la Hispanidad asumiría así el papel de límite en tanto testigo (*limes* y mártir) frente a la disolución de la Hispanidad en la Modernidad y sus formas postmodernas, ya absolutamente irrestrictas, alimentado por la esperanza de la restauración del reinado social de Cristo. En cambio, el límite, en el pensamiento de José Jiménez Lozano según va evolucionando en el artículo de Armando Pego viene más bien tocado por otro concepto jurídico-teológico: el de rescate, muy influido, como no deja de señalar con agudeza el profesor Pego, por las *Tesis sobre la Filosofía de la historia* de Walter Benjamin. El rescate privado, asistemático aunque en absoluto caprichoso, de estampas de la historia de nuestro espíritu, puestas, además, a armonizar con otras muy distantes en el tiempo, la cronoclastia de la que habla el profesor Pego, parecería venir a desmentir esa condición liminal. Y no lo hace: es en esa franja umbrátil donde personalmente, hombre sin comunidad que la aguarda, establece un cuerpo a cuerpo con lo que fue y lo que pudo ser que no deja de resultar estimulante, aun cuando uno pueda lamentar –son las taras del que pelea solo– el peso de determinadas influencias

con las que cargó la suerte (la más evidente y lastrante, la de Américo Castro, omnipresente en el artículo señalado).

No es de extrañar por tanto que, aunque ambos enfoques desafien una hispanidad instalada en la comodidad arreligiosa o puramente política, se definan de manera contrapuesta en torno al Barroco, proyección y aquilatamiento de los siglos medios para uno, rechazo de los mismos y de la progresiva intemperie forjada en la lucha por su defensa, para el otro. A dar razón de esa centralidad vienen, precisamente, los artículos complementarios de Cecilia Font y del padre Jaime Mercant sobre la Escuela de Salamanca. Este último incide en su significación teológico-eclesial recordando que la Monarquía hispánica no es que tomara partido por Trento, como se oye decir incluso entre gentes de nota intelectual, sino que contribuyó decisivamente a su definición y, con él, a toda la civilización que sobrevivió tras la Reforma, superando el desafío de las armas, primero, que en la Guerra de los Treinta Años no le fue favorable (gracias a una de las hijas predilectas de la Iglesia, que junto a la victoria vio el despegue del jansenismo), y el de las letras siglo y medio más tarde para devenir desafío político definitivo. Aquella contribución fue posible gracias a una escuela teológica, la que a modo de sinécdoque agrupan ambos autores bajo el título convencional de Escuela de Salamanca, que en apenas dos generaciones fue capaz de superar las diferencias de partida, cuando no la falta de vigor, para formar una legión disciplinada en el realismo filosófico y teológico proporcionado por la obra de santo Tomás de Aquino capaz de enfrentar las supuestas novedades que darán pie a las transformaciones que trajeron los tiempos. Y lo extendió globalmente, como subraya la profesora Font haciendo hincapié en el área económica, a través de la red de universidades creadas en América. Un pensamiento, el académico, que no dejó de ser complementado en sus márgenes, como nos trae a la vista el texto de los profesores Luis Perdiges y José Luis Ramos, también sobre tema económico, centrado ahora en los “espejos de príncipes” del XVII. La economía, elevada del ámbito doméstico a la reflexión sobre la cosa pública, buscando soluciones prácticas para problemas eternos (fomento de la producción nacional, gestión de la ociosidad y la asistencia social...), se mantuvo en ella ligada a consideraciones morales, no puramente técnicas, que es como terminará independizada en la ciencia moderna hasta alcanzar la condición crematística, si bien se encuentran ya en el interior de aquella literatura de los márgenes, sobre todo arbitrista, el germen de esa otra tendencia que se acentuará en tiempos de regalismo.

Pocas encarnaciones más evidentes de ese orden, a la vez antiguo y nuevo, de la cultura barroca hispana que el que toma forma en la habitación de la tierra, su cultivo y urbanismo. Lo nuevo, en el caso de las ciudades americanas, explica pormenorizadamente el profesor Allan Brewer-Carías en su trabajo, que recorre la historia inicial de aquel urbanismo y sus diversas

concreciones, fue el mestizaje promovido tanto por la legislación como por las autoridades hispanas (un mestizaje que respetaba las jerarquías indígenas y a su vez las traducía al interior de la ciudad nueva, haciéndolas visibles en ella), dentro del orden antiguo del trazado, reinterpretación renacentista de los modelos romanos. Frente a este impulso, el modelo factorial y extractivo, inicialmente costero y epidérmico (aunque actuara profundamente sobre las poblaciones nativas no para transformar –transformándose– su modo de vida y ennoblecerlo, sino para arrinconarlo, o la lógica de la reserva como una mala lectura de las misiones y reducciones hispanas) quedaría como marca indeleble de la Modernidad. No es de extrañar, por eso, como señala el profesor Julio Alvear en su artículo, que la Postmodernidad haya traído, con su confusa lógica y su perversa postración a los poderes que administran el caos, una reivindicación –originada sobre todo en los centros académicos norteamericanos–, dirigida a ser adoptada por las poblaciones indígenas de la América hispana –previo impulso de organizaciones internacionales y sedicentemente no gubernamentales con el fin de que alcancen formalización constitucional–, para que vuelvan a sus orígenes, que no deja de ser una invitación a rechazar su pasado de mestizaje y a abrazar con entusiasmo la lógica de la reserva, que nunca fue suya. No en vano –tienen que ocultar para que el relato cuadre– fueron los pueblos indígenas los principales aliados de la Monarquía hispánica durante las guerras de independencia de los territorios americanos ante la evidente amenaza que suponían para aquéllos, como terminaron por constatar, los poderes que trajo la modernidad estatal. Ese empeño promotor de los pueblos indígenas es la que late todavía en el manuscrito del jesuita chileno expulso Felipe Gómez de Vidaurre (+1818) *Conversaciones familiares de un americano con sus hijos Caupolicán y Colocolo*, que parece presentir –si no tiene presente ya– la retirada de la Monarquía de Chile (falta un estudio que date el manuscrito para situarlo como merece en el orden cronológico de las utopías agrarias decimonónicas del cono sur que arrancaron en la Península con el *Evangelio en triunfo* de Olavide). Los indígenas, encarnados en los hijos, como muestra para nosotros aquí Patricia Juez, están llamados en esa obra, mediante la fe, la moral y un trabajo técnicamente bien dirigido, que es lo que les enseña su anónimo padre –la voz de la metrópoli antigua, cuyas derivadas más actuales critica–, a sortear los peligros que se ciernen sobre ellos sin el amparo del hasta entonces privilegiado actor internacional y a contribuir con justicia al crecimiento del país.

Junto a la habitación, la otra encarnadura de ese orden es la del arte, traído aquí por los dos tipos totales, los del espectáculo, radicalmente españoles: el auto sacramental y el toreo. El uno, dramatización del encuentro brutal con la muerte, que no se representa, sino que sucede; el otro, alegorización desde la fe

(y hay que detenerse con cuidado en el trabajo del profesor Horacio Acevedo para aquilatar bien el significado, tan frecuentemente mal entendido, de ‘alegoría’ en esta literatura) para tratar de la teología que rodea al mayor de sus misterios, el del amor de Dios que se encarna en su Hijo, quien ofrece su vida como expiación de todos los pecados, y se da, resucitado –y también realmente, como la muerte que en aquello otro acontece–, a los suyos hasta el fin de los tiempos bajo las formas de pan y vino, para alcanzar su gloria. Naturaleza y gracia, la muerte de la que no se vuelve y la verdad incomprensible sobre lo que hay más allá de aquélla, la una exorcizada, la otra pregustada misteriosamente. Arte al borde de lo imposible y sobre lo inefable. Dos artes que vinieron a relevarse en la segunda mitad del XVIII (de 1765 data la prohibición de los autos) para expresar el hambre de infinito (muy distinta, sin duda, expresada en los autos y en el toreo) de un pueblo cada vez más venido a menos y que, ayuno de Dios, agoniza, como el mundo del toro que retrata, con la frialdad de los datos en la mano, el trabajo de la profesora Inés Montano. Un ayuno impuesto, parecería a venir a decirnos desde los siglos el auto de Calderón tratado por el doctor Acevedo, *A Dios por Razón de Estado*, por el embrutecimiento del Pensamiento (la reflexión) al abandonar la guía del humilde Ingenio (la razón natural), que ha parado entre el público en trocar su identificación del torero al toro, confirmando con el espectáculo a quienes no creen en la trascendencia de los hechos que suceden aquí abajo.

Muchos temas han quedado en el tintero. La mayoría, porque terminaron sustituidos por otros conforme fuimos reclutando voluntarios (es el caso de la historiografía –incluida la del arte–, del proceso de formación de la filosofía de la historia y de las definiciones de la historia universal y cómo se fueron deshaciendo de y reincorporando el papel de la Hispanidad; o el del eterno problema de la ciencia española, o el del estilo del hispanismo filosófico, o el tema de la lengua, el militar...). Pero hay un vacío, el de la ciencia política, que hemos dejado adrede sin cubrir como homenaje a aquel que aceptó nuestra oferta sin pedirnos más cuenta que la escasa que le dimos en formal carta enviada en abril de 2024 por medio del profesor Ayuso, y que no pudo cumplir reclamado por el Rey de reyes y Señor de señores, ahora –cuando escribimos estas líneas– hace un año: don Dalmacio Negro. Al parecer, pocos días antes de su partida andaba rumiando sobre el tema de la hispanidad⁵. Quién sabe qué habría salido de aquello. A nosotros, desde que lo supimos, nos gusta pensar que

⁵ <https://gaceta.es/opinion/una-hora-con-dalmacio-20241231-0400/>. Algunas ideas del autor sobre la temática de este monográfico pueden verse en Dalmacio Negro, *Sobre el Estado en España*, Madrid, Marcial Pons, 2007, y Dalmacio Negro, *La tradición de la libertad*, Madrid, Unión Editorial, 2019.

algo tuvimos que ver con aquellas meditaciones y, lamentando que no llegaran –que sepamos– a tomar forma definitiva para los lectores del monográfico, le guardamos el hueco.

Y llega ya la hora de despedirnos; y no sería una despedida cumplida si no agradeciéramos el trabajo de los protagonistas, los autores, por su generosidad con el público y paciencia con nosotros. Mucha. Todos los textos se han beneficiado, en diversa medida y profundidad, de la tarea de los revisores, que respondieron con sencillez y sin dilaciones a nuestra llamada de auxilio, y ahora pueden comprobar lo que han contribuido a mejorar. Finalmente, a Antonio Hermosa, fundador y director de la revista, junto a la felicitación por su *jubilatio*, le agradecemos este encargo –la confianza ya la tenía– que a todas luces nos sobrepasa, y le recordamos que nos debe la entrevista de la que se escapó. Con la esperanza de que vendrán tiempos mejores.

José Manuel Díaz Martín y Luis A. Herrera Orellana